

El teniente Bello.

Van corridos ya cuatro días desde que el teniente Bello, hundido en las sombras de una noche húmeda y fría, se perdió en dirección a la costa.

Desde ese día, una noche, también húmeda y fría, parece haber envuelto los últimos momentos de esa silenciosa tragedia.

Ni una ala, ni un madero del aeroplano caído, han flotado sobre las aguas como testigo del desastre.

Los pescadores que bogaban en diversos puntos de la costa, -algunos a una legua mar adentro, - aseguran haber sentido como un eco apenas perceptible, entre el ruido de las olas, el sonido de la hélice que seguía, inconsciente como el destino, -arrastrando al aviador hacia las sombras de lo desconocido.

Algunos seminaristas - nos contaban los hermanos de la víctima- vieron pasar como a las 6 y media los aeroplanos de los tenientes Bello y Ponce; vieron volver al de este último que, tembloroso como un ave herida, parecía buscar un punto para detener su vuelo.... y esperaron hasta las nueve de la noche la vuelta del que lo había acompañado y que talvez a esas mismas horas, flotaría a merced de las olas que ergirían delante de él su penacho blanco, señalando, como el del rey francés, el camino de la gloria.

Los datos de esos seminaristas, como los de aquellos que desde Punta de Talca oyeron probablemente las postreras revoluciones del motor, coinciden con el cálculo de algunos compañeros del piloto, que, fundándose en la provisión de bencina que llevaba, creen que el aeroplano debió caer al mar a algunas leguas de la costa.

Los que hemos asistido de lejos a este drama, esperando ansiosamente noticia tras noticia, un rayo de esperanza, que confirmara las que teníamos, no hemos podido formarnos idea exacta de lo que habrán sido para el teniente Bello las últimas horas de su sacrificio.

Sin rumbo; arrastrándose entre, el negro espacio; teniendo, allí frente a él, la brújula que podía señalarlo y sin que el viento le permitiera encender luz para ver su cuadrante; sin saber si bajo sus pies, había mar o tierra, -un campo para descender o una tumba, -la agonía de ese joven, le hace acreedor a una corona tal vez más heritoria que la que puede conquistarse en un campo de batalla.

J.P.